

# EL CONTEMPORANEO.



Edición de Provincias.

MADRID.—12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demás oficinas del periódico, establecidas en la calle de Trágueros (Prado) núm. 20, entresuelo.—También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 41; Cuadra calle de Carretas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Jerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

Madrid.—Miércoles 15 de Agosto de 1862.

PROVINCIALES.—15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona; ó enviándolo directamente en letra, libranza ó sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías; ó girando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre.—Ultramar 80 rs. trimestre, y Estrasjero 20 rs. al mes.

Año III.—Núm. 495.

MADRID.  
12 DE AGOSTO.

Mas vale tarde que nunca. La Epoca dice que mañana, reunidos los ministros en San Ildefonso, se ocuparán de algunas cuestiones pendientes. Sería de ver que ahora que no se halla en la corte el ministro de Estado, tratasen sus compañeros de los asuntos de Méjico y de Italia. Era la única prueba que le faltaba que sufrir al Sr. Calderon Collantes.

Siempre los rumores, por absurdos que sean, tienen algun fundamento, y cuando la gente ha dado en decir que el conde-duque trata de alejar del gabinete al Sr. Calderon, algo hay de cierto en el dicho, por mas que sostengan otra cosa los periódicos ministeriales.

Pero tampoco nos cojerá de sorpresa que ni mañana ni otro día resuelvan las cuestiones pendientes, ni con el Sr. Calderon, ni sin el Sr. Calderon, los actuales ministros, porque ellos tienen el sistema de dejar al tiempo la resolución de los negocios, y despues se conforman con el resultado, sea cual fuere.

El método es bueno para conservar el poder, sin esponerse á perderlo en un arrebato de consecuencia, pero dice muy poco en favor del crédito de los vicaristas como gobernantes.

Por eso son las dudas y las vacilaciones en la cuestión de Italia, y se queda el gobierno sin ir al yado ni á la puente, y sus periódicos acaban tiéndose á cada instante, pues si La Epoca dice que se reconoce el reino de Italia, La Correspondencia dice que no se reconoce.

¿Cuál de los dos periódicos podremos creer en esta caso? Durante la enfermedad de Mazarino, le preguntaban varios curiosos á un personaje de la corte sobre el estado del cardenal, y el personaje contestó muy satisfecho: «Unos aseguran que ha muerto y otros aseguran que vive; pero por mi parte, no creo ni una cosa ni otra.»

Vayan Vds. á saber lo que ocurrirá mientras dirijan los negocios publicos hombres como el conde-duque y el Sr. Posada, cuyas ideas políticas son mas difíciles de averiguar que el movimiento continuo y la cuadratura del círculo.

De todos modos, bueno es que se reuman en la Granja los ministros, porque al fin y al cabo, prede ser que se pongan sobre el tapete las cuestiones personales, y no hay para qué decir que entonces se armará la gorda y andarán los platos por encima de las cabezas.

Mientras aquí ocurre esto, en la Coruña siguen prodigando obsequios oficiales á D. Saturnino, de quien dicen que tiene un corazón eminentemente gallego.

El síndico del ayuntamiento asegura en uno de sus discursos, que el Sr. Calderon se ha interesado mucho por Galicia desde simple ciudadano.

En las Cortes nos dijo S. E. que era un mero español; de modo que ha ascendido desde ciudadano simple á español mero, lo cual es bastante ascender, dadas sus condiciones.

A todo esto La Epoca trata de acariciar al señor Cánovas del Castillo para que no se le vaya á los vicaristas de entre las manos, y hace bien, porque el Sr. Cánovas es quizá lo que mas vale en la actual situación, y sería una lástima perderlo.

Añade nuestro colega, así como dándole á entender al interesado que *am le protegen*, que todos los personajes mas importantes del vicarismo le tratan con afectuosa consideración.

No se puede decir menos de cualquier depen-

diente de escasa valia, y eso que el Sr. Cánovas es en todos conceptos mas importante que todos los importantes de quienes habla La Epoca.

Pero en fin, los tiempos se han de tomar conforme vienen, y una cosa es huir camino de Portugal publicando programas, y otra tener la sartén per el mango como suele decirse, que con las glorias se olvidan las memorias.

Sin embargo, toda se arreglará, si Dios no lo remedia, y hasta el mismo Sr. Cómyn podrá quedarse en esta corte, por motivos de salud, á pesar de que, segun dice La Correspondencia, tendria una satisfacción en ir á Constantinopla.

La armonía, la paz, la unidad de objeto y de plan, que, segun decian los ministeriales, eran los caracteres de esta situación, están dando tales muestras de sí, que cualquier observador imparcial creará que la reunion de individuos que forman el actual orden de cosas es la personificación del caos.

Ya habíamos visto en muchas ocasiones, que cada uno de los órganos de la situación tenia para todos los asuntos, ya de mayor ya de menor importancia, soluciones propias y entre sí discordantes; pero tambien habia podido verse que todos los diarios de la situación guardaban silencio y despues elogiaban con calor y con entusiasmo los actos del gobierno, aunque fuesen jado y pedido como mas necesarios. Además, cualesquiera que fuesen las ideas y la historia de las personas que apoyaban al gobierno, se les respetaba siempre, y el sintoma mas grave de enemistad se limitaba al silencio.

Las cosas han ido variando respecto á las mutuas relaciones de los amigos del ministerio de algun tiempo á esta parte. Ya habíamos presenciado las escaramuzas de La Correspondencia y de La Epoca, y no hace mucho que con grande admiracion vimos las reprimendas que El Diario Español dirigia á El Constitucional por sus reminiscencias liberales á propósito de la cuestión de Italia. Pero estos antecedentes y las noticias y señales de la amable y deliciosa uniformidad que reina en las filas ministeriales, no han bastado á evitar la gran sorpresa que nos ha producido el ademan resuelto y la actitud hostil que muestran ya entre sí los ministeriales. Ya se han disparado los primeros tiros, y aunque estamos seguros de que no tardará mucho en ajustarse una tregua entre los combatientes, es seguro que en esta batalla han de revelarse cosas curiosísimas; porque es sabido, que «cuando riñen las comadres se descubren las verdades.»

La hueste ministerial está dividida en dos campos, de una parte combaten, prestándose mutuo auxilio, La Epoca y El Diario Español, que tienen por enemigos implacables á La Correspondencia, á La España y á los corresponsales N. y Ruperto del Diario de Barcelona. Para que todo sea anómalo é inesplicable en esta lucha, debe tenerse en cuenta que estos últimos adalides no están entre sí de acuerdo, y solo por las necesidades de la defensa unirán sus armas.

Está por demás decir que á nosotros no nos importan mucho las escisiones que trabajan al bando dominante; sus disputas no pasan de ser asuntos de familia, que ellos y solo ellos pueden resolver; pero lo que sirve de ocasion á estas divergencias, son cuestiones políticas que interesan al país, y que por lo tanto tenemos el derecho de examinar, notando las estraordinarias anomalías y las estrañas contradicciones en que in-

currén en su conducta relativamente á estos asuntos los defensores del gobierno.

Dos cuestiones graves que están todavía pendientes, han sido causa del cisma que no lleva trazas de desaparecer. Nos referimos á los asuntos de Méjico y á los de Italia. El gabinete ha adoptado ó por mejor decir aceptó respecto de ambos puntos una línea de conducta que bajo diversas formas han combatido así La Epoca y El Diario Español como los corresponsales del Diario de Barcelona, todos los cuales creen y sostienen que es preciso ceder en la cuestión de Méjico á las insinuaciones de Francia, abandonando la política iniciada por el general Prim. Por lo que toca á las cosas de Italia, convienen tambien los últimamente citados en la necesidad de reconocer el reino de Italia.

En contra de estas pretensiones, que son contrarias á los actos del gobierno, protesta enérgicamente La España, que asegura con razon que es en la actualidad el único periódico que defiende la política del gabinete, apoyándose en las reiteradas declaraciones que viene haciendo La Correspondencia, competentemente autorizada para ello. Tal es hoy el estado de la cuestión, y es ciertamente inesplicable el ver cómo se revuelven El Diario Español y La Epoca contra los corresponsales N. y Ruperto, que le han prestado grande auxilio en sus discusiones con La España, insertando en sus columnas, ya ya sus contradicciones, noticias y apreciaciones de ambos publicistas anónimos.

No podemos suponer que el motivo de tan subitito y profundo enojo consista en los comentarios y notas que ha puesto La España á estas correspondencias, tan atinados y lógicos, considerados desde su punto de vista, que hemos observado que el gobierno ha seguido en su conducta las indicaciones que hacia el periódico, á parte de La Correspondencia, es el único que hoy defiende francamente y tal como es la actitud del gabinete. Para que se vea mas claro lo que decimos, no hay mas que recordar lo que ha sucedido en estos últimos dias.

Se habla del nombramiento del general Concha para la embajada de Paris, y La Epoca y El Diario y los corresponsales N. y Ruperto, entonaron himnos de triunfo, porque este acto significaba para ellos la abdicación del gobierno y la derrota del conde de Reus y de sus amigos. La España contrajo estos juicios, y en seguida declaró La Correspondencia con la autorización competente, que el gobierno persistía en las ideas que manifestó en las Cortes; añadió que conformes con ellas, se han redactado las instrucciones que lleva el nuevo embajador; y por último, á los pocos dias aparece el decreto dando por terminada la misión del general Prim, en el cual se dice que S. M. (esto es, el gobierno, porque constitucionalmente el monarca opina siempre como sus ministros) queda muy satisfecho del celo, lealtad é inteligencia con que la ha desempeñado. No hay para qué ponderar cuán humillante ha sido en esta parte la derrota sufrida por los enemigos del general Prim, y sobre todo la de aquel corresponsal que aseguraba que el general Concha no cambiaria sus opiniones por un plato de lentejas, de cuya ocurrencia, no puede por cierto estarle hoy muy agradecido el señor marqués de la Habana.

Otro tanto ha sucedido por lo que respecta á las cosas de Italia. La Epoca y El Diario Español han escrito y siguen escribiendo largos artículos sobre la necesidad de reconocer el nuevo reino

italico, y para ello se valen de todos los recursos imaginables. Uno de los corresponsales anunció hace pocos dias que se verificaria, á pesar del censo de La España, y este periódico ha refutado las noticias de unos y las apreciaciones de los otros, fundándose en sus doctrinas, y sobre todo en los antecedentes y compromisos del gobierno, que declaró en el Parlamento, por boca del señor ministro de Estado, que no reconoceria NUNCA LAS ANEXIONES. La victoria no podia ser dudosa, y en efecto, no tardó La Correspondencia en publicar el nuevo triunfo del periódico verdaderamente ministerial, declarando, competentemente autorizada, que el gabinete ni siquiera habia pensado en reconocer el reino de Italia.

Véase, pues, cuán anómalo es que ahora riñan La Epoca y El Diario Español con los Sres. N. y Ruperto, que son sus amigos y aliados; pero todavía lo es mas que dichos periódicos sigan llamándose ministeriales, y que quieran quitarle esta cualidad á La Correspondencia. ¿Ignora nadie en Madrid que este diario no dice en las cuestiones políticas mas que aquello que le manda el gobierno? ¿No sabe todo el mundo que su director es una de las personas que mas temprano penetran en el palacio de Buena-Vista, en cuyos jardines pasa durante la buena estación no pequeños ratos recibiendo las instrucciones del jefe de la situación? En vano pretenda demostrar otra cosa ciertos negociados, el único criterio, es La Correspondencia; prescindiendo de las consideraciones y de los hechos que acabamos de esponer, lo probarian con entera claridad sus autorizaciones competentes.

Esplicadas brevisísimamente las circunstancias en que se encuentra la situación, nosotros no añadiremos una palabra de nuestra cosecha; lo que pasa es tan elocuente que no es preciso comentarlo.

Ayer llegó á Madrid el Sr. Posada Herrera, encargándose en el mismo dia del ministerio de la Gobernación.

Estamos seguros de que no se realizará el pronóstico de Ruperto, sobre un cambio favorable á la libertad de imprenta. No se olvida, en un par de semanas de meditación en las soledades de Ontaneda, el gran recurso para eternizarse en el poder, mientras se cuenta con otros medios que no necesitamos enumerar, ni podríamos hacerlo.

El Sr. Posada ha interpretado en varias ocasiones las ideas del gobierno sobre libertad de imprenta, tocándole el triste papel de dar la última estocada á la mas preciosa de las conquistas de nuestro siglo. Aun recordamos con dolor los términos en que ha solido expresarse en pleno Parlamento; pero de todas las injusticias y desdenes del Sr. Posada nos venga la influencia que ejercen en la situación los periódicos y los periodistas que la defienden. Todo el edificio del vicarismo se ha conmovido á impulso de unos artículos de La Epoca, y se conmueve diariamente con las cartas de dos corresponsales; y en los primeros puestos del Estado se ven los periodistas mas ó menos adheridos á la política dominante.

¿Qué importa que el Sr. Posada menosprecie á la prensa, si los hechos dicen muy alto en cuánta estima tiene el gobierno á los escritores, puesto que protege y encubra mercedamente á los suyos? Por eso no nos han lastimado nunca las palabras del ministro de la Gobernación: como particulares no podian ofendernos, y como

individuos de una clase, la estamos viendo honrada por los mismos que pretenden denigrarla.

Acaso ningún gobierno haya premiado con tanta largueza como el actual los servicios periodísticos, por lo cual nunca le haremos un cargo. Apenas habrá uno solo de los que han sostenido y sostienen con la pluma la union liberal, que no desempeñe un cargo importante, ó no tome parte en las deliberaciones del Congreso, ó ambas cosas á la vez, porque se ha considerado necesario su apoyo. Nosotros lo aplaudimos sinceramente, sin ningún género de reserva: cualesquiera que sean las diferencias que nos separan de nuestros compañeros, nos complacemos en que, á despecho de algunas personas, pesen mucho en la balanza de la situación.

He aquí una lista, incompleta sin duda, como hecha de memoria, de los escritores, que con honra propia y de la prensa, han obtenido empleos de este gabinete:

Consejeros de Estado: Sres. Lorenzana, Lafuente, Moreno Lopez (D. Eugenio y D. Manuel.)

Ministros plenipotenciarios; Sres. Tassara, Coello, Rancés y Rascon.

Subsecretario del ministerio de la Gobernación: Sr. Cánovas.

Directores: Sres. Ulloa, Roberts, Romero Ortiz, Alfaro, Rubi y Escario.

Subdirector de hipotecas: Sr. Cervino.

Oficiales de secretaría: Sres. Sagaminaga, Albuerno, Navarro, Anuaga, Maldonado y Macanaz, Picon, Carballo y Barca.

Inspector de contribuciones: Sr. Gasset y Artime.

Gobernadores de provincia: Sres. Cisneros, Negro y Hurtado.

Visitador de presidios: Sr. Escobar.

Auxiliares: Sres. Viedma, Adame, Gueño, Barrantes, Villar, Nuñez de Arce, Mollan, Castro y Serrano y otros.

Fiscal de imprenta: Sr. Bugalla.

Son diputados los Sres. Carballo, Alfaro, Rascon, Lopez de Ayala, Muntadas, Santa Ana, Barrantes, Gasset y Artime, Roberts (D. Mauricio y D. Dionisio), Barca, Sagaminaga, Romero Ortiz, Camprdon, Albuerno, Coello, Lafuente, Ulloa, Escobar, Cánovas, Bugalla, Lorenzana, García Miranda, Moreno Lopez (D. Eugenio), Moreno Lopez (D. Manuel), Navarro y Rodrigo y Rancés.

Los periódicos ministeriales vienen estos dias lamentándose de que se ocupen con demasiada frecuencia en cuestiones de personas los que se dedican á hacer política. Si consideran bien este fenómeno los que le deploran, y si procuran investigar sus causas, se convencerán de que lo que ocurre no puede achacarse á la voluntad de nadie, porque procede de la índole y naturaleza propia de la situación.

Como el actual gobierno no gobierna, como aplaza las cuestiones indefinidamente en lugar de resolverlas, no es posible examinar asuntos de verdadero interés. Si, prescindiendo del gabinete, nos fijamos en las opiniones de sus órganos para discutirlos, encontramos una dificultad análoga, porque los periódicos ministeriales se ven en el triste caso de defender el pro y el contra de todas las cuestiones, y debatir con ellos es lo mismo que pelear con fantasmas. No es posible averiguar si quieren ó no el reconocimiento de Italia; no se sabe si aprueban ó desaprueban lo hecho en Méjico por el general Prim, ni es posi-

## FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

### EL LUNAR,

por

ALFREDO DE MUSSET.

—¿Y en qué os fundabais para esperar que podrías llegar hasta mí? Porque supongo que no contabais con que debía caerse un caballo.

—Yo, señora, creía... esperaba...

—¿Qué esperabais?

—Que quizás la casualidad...

—Siempre la casualidad! Parece que es una de vuestras amigas; pero os advierto que si no contais con otras, es muy pobre recomendación.

Quizás la fortuna ofendida quiso vengarse de aquella irreverencia; mas el caballero cada vez más turbado por aquellas preguntas, vino de pronto sobre un ángulo de la mesa el mismo abanico que recogiera el dia anterior. Tomólo, y como la vispera, lo presentó á la marquesa, doblando una rodilla, y diciendo:

—Ved aquí, señora, el único amigo con que cuento. La marquesa pareció admirada al pronto, y luego vaciló un momento, mirando tan pronto al abanico como al caballero.

—¡Ah! ¡Teneis razon! dijo al fin. ¡Sois vos, caballero! ¡Os reconozco! Sois el que vi ayer al salir de la comedia, al lado de M. de Richelieu. Cayóseme el abanico, y vos os encontrabais allí, segun decís.

—Sí, señora.

—Y como verdadero caballero, me le devolvisteis del modo mas galán. No os di las gracias, pero he quedado persuadida de que quien con tanta gracia sabe levantar un abanico, sabrá en caso preciso, recoger un guante; y eso nos gusta grandemente á nosotras.

—Y eso es una gran verdad, señora; pues al llegar al castillo, he estado á punto de tener un duelo con el suizo.

—¡Misericordia! exclamó la marquesa, dando otra carcajada. ¡Con el suizo! ¿Y por qué?

—Porque no queria dejarme entrar.

—Habría sido una desgracia. Pero, caballero, ¿quién sois, y qué pretendéis?

—Señora, yo soy el caballero de Vauvert. M. By. on habia pedido para mí una plaza de coneta del rey, en los guardias...

—¡Ah! ¡ya caigo! Venís de Neaulette; estais enamorado de Mlle. d'Annebault...

—Señora, ¿quién ha podido decirlo?...?

—¡Ah! Os prevengo que soy muy temible. Cuando me falta la memoria, adivino. Sois pariente del abate Chauvelin, y por esa razon os han negado vuestra demanda. ¿No es cierto? ¿Dónde está vuestro memorial?

—Aquí le teneis, señora; mas no puedo comprender cómo...

—¿Y para qué queréis comprenderlo? Levantaos, y dejad ese papel sobre la mesa. Voy á contestar al rey, y le llevaréis vuestro memorial y mi carta.

—Señora, creia haberos dicho...

—¡Ircis! No habéis entrado aquí en nombre del rey? Pues bien; allá penetraréis en el de la marquesa de Pompadour, dama de la reina.

El caballero se inclinó en silencio, turbado y conmovido.

Todo el mundo sabia cuántas astucias y cuántas intrigas habia puesto en juego la favorita, y qué obstinación habia mostrado para conseguir un título que en suma solo debia producirle una cruel afrenta de parte del Delfín. Mas hacia diez años que lo deseaba, que lo queria, y habia triunfado. M. de Vauvert, al cual no conocia, á pesar de que le eran conocidos sus amores, le gustaba como una buena noticia.

Inmóvil y en pie detras de ella, observábala el caballero. La marquesa escribia; primero con todo su corazón, luego con pausa, despues reflexionando, deteniéndose y pasándose una mano por su fina y delicada nariz. Estaba impaciente: aquel testigo la molestaba. Por último se decidió, é hizo una raspadura; verdad es que solo se trataba de un borron.

En frente del caballero, al otro lado de la mesa, habia un magnifico espejo de Venecia. El sobrado tímido mensajero, apenas osaba levantar los ojos. Sin embargo, erale muy difícil no ver en aquel espejo, por encima de la cabeza de la marquesa, el rostro

tro inquieto y encantador de la nueva dama de la reina.

—¿Cuán linda es! pensó. Es una desgracia el que está yo enamorado de otra. Pero Athenais es mas hermosa; además de que sería en mí una horrible deslealtad...

—¿De qué habláis? dijo la marquesa.

El caballero, como de costumbre, habia pensado en alta voz sin darse cuenta de ello. ¿Qué es lo que decís?

—Yo, señora? Espero.

—Ya está! dijo la marquesa, tomando otra hoja de papel; pero con el movimiento que para esto hubo de hacer, deslízasele el peinador.

Estraña cosa es la moda. Nuestras abuelas encontraban una cosa muy natural el presentarse en la corte con inmensos vestidos, llevando la garganta descubierta casi del todo, sin que en esto viesen nada de indecente; pero se tapaban cuidadosamente la espalda, que nuestras hermosas llevan desnuda al teatro y á los bailes. Es una belleza mas, recientemente inventada.

Sobre el hombro blanco, redondo y pequeño de Mad. de Pompadour habia una mancha negra, un lunar semejante á una mosca en leche. El caballero, sería como un aturrido que quiere conservarse grave, miraba áquel lunar, y la marquesa, inmóvil la mano y la pluma, observaba al caballero en el espejo.

En aquel espejo cambiaron una mirada rapidísima; una de esas miradas acerca de las cuales nunca se equivocan las mujeres, y que dice de parte de ellos: «No me enoja que me lo digais.»

La marquesa, sin embargo, se ajustó el peinador.

—¡Mirais mi lunar, caballero?

—No miro, señora: os veo y admiro.

—Aquí teneis mi carta: llevadla al rey con vuestro memorial.

—Pero, señora...

—¿Qué ocurre?

—S. M. ha ido á cazar; acabo de oír las trompas en el bosque de Satory.

—Es verdad: lo habia olvidado: no importa; llevadla mañana ó pasado mañana. No, no; id desde

luego, y preguntad por Lebel. Adios, caballero, acordaos de que el lunar que acabais de ver, no hay nadie que lo haya visto sino es el rey; y en cuanto á vuestra amiga la casualidad, decidle que se acostumbre á no hablar sola y en voz alta, como hace poco. Adios, caballero.

Hirió un pequeño timbre, y luego levantando su manga, compuesta de una oleada de encajes, tendió al joven su brazo desnudo.

Este volvió á inclinarse, y con la punta de los labios desfiló apenas las rosadas uñas de la marquesa. Ella no vio en esto una impolitica, sino un exceso de modestia.

Al momento se presentaron las camareras segundas (las primeras no se habian levantado aun), y detras de ellas, erguido como un campanario en medio de una manada de orejas, el hombre huesudo, siempre risueño, que indicaba el camino.

VI.

Solo y sentado en un antiguo sillón en el fondo de su cuarto de la hosteria del Sol, pasó el caballero el dia siguiente y el otro, sin recibir ninguna noticia.

—¡Mujer singular! Dulce é imperiosa, buena y mala, la mas trívola y la mas obstinada!... ¡Me ha olvidado!... ¡Oh, miseria!... Tiene razon: ella lo puede todo; y yo no soy nada.

Al pronunciar estas palabras se levantó y empezó á pasearse por la sala.

—¡Nada! nada! ¡No soy mas que un pobre diablo! ¡Cuánta razon tenia mi padre! La marquesa se ha burlado de mí! Es cosa muy sencilla: interin yo la miraba, gústole su propia belleza. La complacia ver en aquel espejo y en mis ojos el reflejo de sus gracias, que despues de todo, no son incomparables! Tiene los ojos pequeños, pero son tan graciosos!... No es alta; pero es tan bien formada!... ¡Ah! señora d'Annebault, querida amiga, ¿si iré á olvidar yo también?

Dos ó tres golpecitos dados á su puerta le distrajerón de su pensamiento.

—¿Quién está ahí?

El hombre huesudo, vestido de negro, y con un hermoso par de medias que disimulaban la ausencia

de sus pantorrillas, se presentó, dirigiéndole un gran saludo.

—Esta noche, señor caballero, hay baile de máscaras en la corte, y la señora marquesa me envia á decirnos que estais invitado.

—Bien, señor; muchas gracias.

En cuando el hombre huesudo se habia retirado, precipitose el caballero sobre la campanilla; y la misma criada que tres dias antes le habia ayudado á vestirse lo mejor que pudo, entró y le sirvió de ayuda de cámara para ponerse el mismo vestido.

Hecho esto se dirigió al palacio, pero convido esta vez, y mas tranquilo en apariencia, aunque en realidad mas inquieto y menos atrevido que cuando arriesgó el primer paso en aquel mundo que le era aun desconocido.

—¡Casi tan aturdido como la primera vez, por los esplendores de Versalles, que aquella noche no estaba desierto, marchaba el caballero por la galería principal, mirando á todas partes como si tratase de saber por qué se hallaba allí; mas nadie pensaba en acercársele.

Una hora despues estaba aburrido y trataba de marcharse, cuando dos máscaras, con disfraces idénticos, que estaban sentadas en una banqueta, le cerraron el paso. Una de ellas le apuntó con un dedo, como si hubiera tenido una pistola en la mano; la otra se levantó y le salió al encuentro.

—¡Parece, caballero, le dijo asándose á su brazo con la mayor indolencia, que estais en las mejores relaciones con nuestra marquesa?

—Perdonad, señora, ¿de quién queréis hablar?

—Bien lo sabeis.

—De ningún modo.

—¡Oh! ¡Si tal!

—¡Os repito que no!

—¡Toda la corte lo sabe!

—Yo no soy de la corte.

—Os haceis el niño. Os digo que se sabe.

—Eso podrá ser, señora; mas yo lo ignoro.

—Sin embargo, no ignorais que anteaer cayeron al suelo un page y el caballo que montaba, delante de la verja de Trianon; ¿No os hallabais allí por casualidad?

(Se continuará.)



que ciertas circunstancias podrán obrar en el ánimo del general y arrojarse a su deber. El gobierno se apresurará, lo repito, a noticiar a la Cámara y al país los hechos que puedan ocurrir; pero la ruina que se ponga en su guardia contra los rumores esparcidos por la intolerancia o por cualquiera otra causa. (Muy bien)

quinta, aguardando la hora en que Italia necesitase de nuevo su indolencia y valor é inmensa popularidad. Ha legado ya esa hora? (Garibaldi es un hombre superior a la avaricia, al egoísmo; ningún caballero ha buscado las aventuras con más puras intenciones, con un corazón más limpio de toda mancha; y, sin embargo, le vemos ceder a deslealtad sus brillantísimos servicios.)

auxilie vuestros esfuerzos y los encamine al objeto de la solicitud constante de S. M., que es el bienestar y la dicha de su pueblo. (Correspondencia particular de El Contemporáneo.)

dice que lo tengo bueno. El uno me escribe cartas, enfadado desde el Puerto, porque su barco no sube el río del presupuesto. Otro, que su dirección teme perder en un vuelo, me pide que haga una llamada por compasión al resaca. Otro me dice: «Te adoró!» «Res chato y no te crees contesto, y por alusión toma lo que le contesto. A dónde me ocultaré? ¿Dónde me iré, santos cielos...? ¡Voy a la Boca del Asno! pero ¡tátele... Me estoy quieto, que hasta tanto que esa loca me pida algún nombramiento!

ción moderna con caja interior de hierro separada de la coraza por un caso de madera. La vida de Federico Lemaitre, ese eminente actor, que es una de las glorias del teatro francés contemporáneo, está llena de curiosas anécdotas, muchas de las cuales merecen ser conocidas del público.

2016

